

IN MEMORIAM

JESUS F. FUEYO ALVAREZ (†)

Hace ya veinticinco años, al reseñar en esta misma Revista el libro «Estudios de Ciencia Política», de Jesús Fueyo, subrayábamos cómo, a pesar de que el derrotero del autor parecía discurrir definitivamente por cauces muy lejanos a sus primeros pasos administrativistas, no se podía comprender su obra del todo sin tomar en consideración aquellos trabajos aparecidos en estas mismas páginas. El paso del tiempo nos ha ratificado en esta opinión, y también que algunos de esos artículos habrán de figurar por necesidad entre lo más granado y conseguido de toda la producción de lo que podría llamarse la «generación de 1950», tomando como fecha definitoria la del año en que esta Revista vio la luz. «La doctrina de la administración de facto», «Legitimidad, validez y eficacia», o «La morfología del poder político y la burocracia», respectivamente aparecidos en los números 2, 6 y 20, son simplemente obras maestras del pensamiento político-administrativo español del siglo XX, y el apartamiento de Jesús Fueyo a publicar más en estas páginas hay que achacarlo, tanto como a su propia peripecia intelectual, a la misma evolución de la Revista, la cual, a pesar de lo que se declaraba enfáticamente en su primer número, muy pronto derivó a tratar casi en exclusividad de temas esencialmente jurídicos. Tal vez —al menos, en mi personal opinión— sobresalga entre todos el trabajo que apareció en el número 5, sobre «La distribución orgánica y territorial de la Administración desde el punto de vista de la racionalización de su funcionamiento». Leerlo cuarenta años después, a la luz de los resplandores de nuestra incierta estructura autonómica, ratifica aquella sentencia de Platón que

Fueyo gustaba de repetir, de que las ideas no gobiernan, pero no se puede gobernar sin ideas.

Persona de excepcional capacidad de ideación, que no ahogaba su prodigiosa documentación, de estilo duro y conciso, no siempre fácilmente accesible por la densidad de un pensamiento expresado en la menor cantidad de palabras, sin concesiones a la galería, Jesús Fueyo era un intelectual ávido de poder para, en la expresión de Ortega definitoria del político auténtico, organizar el Estado. A nosotros, como diría Jorge Manrique, nos da harto consuelo de su pérdida su memoria, esto es, su obra; pero quienes tuvimos la fortuna de asomarnos a su intimidad sabemos bien que, por orgulloso que de ella estuviera, no llenaba su enorme capacidad creativa. La Historia le hizo vivir en lo que él llamó acertadamente la «época insegura» (por cierto, que releer ahora esos artículos de periódico, escritos en función de la más rabiosa actualidad, es quizá la mejor forma de comprender la altura de su pensamiento, capaz de hacer categoría de la anécdota, de tal modo que, a pesar de su circunstancia puramente coyuntural, su contenido sigue vigente, actual y palpitante, aunque su causa originaria haya caído en el olvido); y esa inseguridad le afectó a él antes que a nadie, como él mismo sentía, lúcida y patéticamente. Sus éxitos, ya fuesen políticos («soy —me decía en una ocasión—, Director del Instituto de Estudios Políticos, esto es, del centro de creación de la doctrina política de un régimen cuyo creador no quiere que tenga doctrina política»), literarios o sociales, le conducían inexorablemente a ese jugo sutil que, según D'Ors, extraía La Rochefoucauld de la sabiduría: la amargura. Amargura de la incompreensión, de la hostilidad apriorística y sectaria de quienes, llamándose intelectuales, acordaron en sus cenáculos proscribir a «La vuelta de los Budas», porque «no podría admitirse que un libro así apareciese en la España franquista»; amargura también de que se le estimase, como él mismo contaba, por personajes como uno de los grandes banqueros de la España de entonces, que le dijo a propósito del mismo libro: «Mira, Jesús, yo no tengo casi tiempo para leer filosofía; pero si tienes algún libro de ese Erlöser, mándamelo», dando así existencia real al ente de ficción creado por Fueyo en esa obra. Amargura del propio saber inútil, confesada en una noche de sinceridades que nunca podré olvidar: «En los

últimos diez años yo habré leído cuatro mil quinientos o cinco mil libros: con los dedos de las dos manos se cuentan los que valían la pena de ser leídos». Y esa amargura, fatalmente pesimista («optimista sólo puede ser Dios, y porque es todopoderoso, que si no, ni eso»), nunca le llevó al abandono o la renuncia al estudio, a la reflexión permanente sobre la realidad y lo político, a proyectar la luz poderosa de su inteligencia y de su intuición sobre el presente y el futuro de la sociedad. Jesús Fueyo fue mucho más que una «mentalidad política moderna», por decirlo con el título de una de su más grandes obras: fue una mente demasiado amplia, demasiado potente para su circunstancia, y habrán de pasar varios decenios hasta que, en esta España tan huérfana de profundos pensadores políticos y tan sobrada de arrogantes y displicentes mediocridades, se le haga justicia.

Pero aquí, en esta «Revista de Administración Pública» en la que vieron la luz algunos de sus primeros trabajos —primeros, que no primerizos, porque Fueyo era, como el Cid de Corneille, de los que «pour des coups d'essai veulent des coups de maître»—, quedará siempre la impronta de su aguda reflexión sobre algunos de los temas básicos de nuestra disciplina. Y quedará, desde luego, la memoria de alguien que practicó permanentemente, a lo largo de todo su existir, el grito sublime de Pamina: «Die Wahrheit, die Wahrheit, war sie auch Verbrechen!».

Manuel PÉREZ OLEA

ESTUDIOS

